

fijación en la norma que le impedirá reconocer (al personaje) lo no previsto por ella: el estallido de lo imposible»⁵.

Sin embargo, para el lector, está la posibilidad de otra interpretación: para zanjear la distancia que separa los dos universos morales, Artemia recurre al artilugio del diario. La cara demacrada y llorosa de la mañana siguiente no le es ajena; es la de quien ha sufrido la violación en carne propia⁶.

Su pulsión erótica –un cuerpo casi desnudo y solo recorriendo el mundo con la complicidad de las sombras– ha sido condenada por esa sociedad, inflexible para quien exagera la expresión de su deseo. Artemia, mujer sin familia y sin hombre, no es sino deseo. Puro deseo que no halla lugar.

Régula, poseedora del relato, lo es, naturalmente, del lenguaje con el que le da forma. Y represora de todo impulso que avizora como peligroso, dice lo que hace, pero calla lo que siente. Una sensación de estar infringiendo la norma la asalta cuando, a su pesar, corta y cose las telas lúbricas que apenas cubrirán el cuerpo desnudo de su clienta. Una débil resistencia le permite darse una débil explicación: «Manos a la obra –yo exclamaba sin saber por qué, y me ponía a trabajar. Me tenía dominada. A veces yo trabajaba hasta las cinco de la mañana, con los ojos desteñidos por la luz, para concluir pronto.» O «Rebajé cinco kilos cosiendo ese dichoso vestido; rompí varias agujas de puro nerviosa. Aquel cuarto de costura era un tendal de géneros mal aprovechados.» Régula es la esclava de los deseos de Artemia. Es esclava de «sus» deseos. La sanción a su propio erotismo crea las imágenes de la fantasía. Régula, la reglada estructura de lo visible, un andamiaje hecho de principios, anhela lo prohibido y, ya sea desde el doble codificado por el *fantasy* o desde el desplazamiento (in)consciente, proyecta hacia la figura de Artemia el oscuro objeto que reprime.

Objeto y sujeto del deseo

El mundo de Régula está asentado sobre tres esferas, conciliables y complementarias: el trabajo, la fe religiosa y una moral firme, base de su decen-

⁵ Pezzoni, E.: «*Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social*». El texto y sus voces, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, p. 207

⁶ E. Pezzoni clarifica esta diferencia de percepción entre el personaje y el lector: «Coincidencia problemática ante el lector, no ante el personaje, que presencia la irrupción de lo extraordinario sin cuestionarla. El lector la registra enfrentando un mundo imaginario construido de tal modo que, sinuosamente, sugiere interpretaciones diversas: alegoría, caso clínico». *Op.cit.*, p. 208.

cia social. Más aún: extrema de tal modo la relación entre el trabajo y la moral, que la lleva a la reciprocidad: quien trabaja, queda a salvo de cualquier vicio e, inversamente, una mujer honesta sólo anhela un cuarto con utensilios que le procuran la verdadera felicidad. A ello le añade la fe que la mueve a pedir la intercesión del «lirio de la Patagonia» para su trabajo, y una formación cristiana que hace resaltar la auténtica bondad de su patrona entre la de quienes se pasan el día rezando en la iglesia. Régula es una mujer cuyos principios le impiden liberar su sexualidad, le coartan la desujeción de su pulsión erótica. Es depositaria –en términos de Bataille–, de la conversión operada por el cristianismo: «valorizar el trabajo a expensas del placer»⁷.

Cada una de las prendas que cose para Artemia, difiere cuantitativamente en osadía y obscenidad respecto de la anterior. Primero un *jumper* de terciopelo negro que usará sin blusa y deja al descubierto sus pechos; luego el vestido de gasa negra con pinturas lujuriosas de manos y pies; después la túnica color azul con figuras de hombres y mujeres desnudos. Ellas son obscenas porque desafían el pudor de mostrar; son impúdicas. *Ob-scaena* significa, literalmente, «contra la escena», es lo que se opone a la escena pública. Inmostrable e inaceptable, no-familiar, *das Unheimlich*⁸, lo obsceno lleva consigo también el valor de lo aciago, de lo siniestro. En su recorrido hacia lo voluptuoso como fin, que ha sido previamente condenado, Artemia une en sus vestiduras la pulsión erótica y la pulsión de muerte. Porque a la ausencia del sentido convencional otorgado a la vestimenta (cubrir, abrigar, ocultar), le opone el único al que le concede valor: lucir. Para la visión moralista de Régula (en la que el sacrificio está presente), Artemia debía sufrir, porque, como dice el refrán, «quien quiere lucir tiene que sufrir», y fatalmente, morir.

A través de la figura del doble o del proceso metonímico, en algún lejano lugar del mundo y en las tres salidas al exterior, una mujer con el cuerpo casi desnudo es violada. En esos tres paseos nocturnos, han extremado las normas del pudor. Artemia –que es su *factotum*– se siente orgullosa de haber creado el modelo y no copiado; al contrario, las «copionas» son las otras. («Son unas copionas. Y las copionas son las que tienen éxito). Y las violaciones, la respuesta que espera a su búsqueda desenfrenada. Pero la Ley masculina, que impregna el ámbito social-patriarcal, castiga la exacerbación de su sexualidad y ella, que no elude lo extremo de su deseo

⁷ Bataille, G.: Breve historia del erotismo, Montevideo, 1970, p. 53.

⁸ Freud, S.: «Lo siniestro. El hombre de la arena: Hoffmann». En: Obras completas, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1973.

(«debió de sucederme a mí»), tensa la línea que la limita y se expone a una sanción que debió conocer de antemano. Sin embargo, esa conducta, aún infringiendo lo aceptable, pertenece al mismo canon. No por eso Artemia se sale de la norma: sigue siendo mujer, coqueta, sensual, deseable. Sólo que ha llevado cada uno de esos valores al terreno de lo «indecente». Y, guardianes de la ley en lo público, una patota de hombres se arroga el derecho a sancionarla mediante la violación.

Toda sociedad busca mantener su *statu quo* a través de las leyes que enuncia; ellas son las que controlan esas conductas. Su exacerbación —igualmente prevista— es para la ley la razón del castigo. La prostitución es delito en tanto vuelve pública una conducta privada. Y sólo se sanciona en la medida en que altera la moral socialmente compartida. Es la exhibición de un acto personal. Tres veces salió Artemia con ropas provocativas y las tres veces la violaron. No hubo diferencias entre un *jumper* negro sin blusa y una túnica que dejaba su cuerpo al descubierto. Podría haber insistido con sus reiterados paseos, porque su exhibición se inscribía en el mismo código. Pero en la cuarta salida, una Régula temerosa le aconseja travestirse. No hay, como en las tres salidas anteriores, la marcación enfática de sus atributos «femeninos». Hay inversión. Artemia se viste de hombre. Y en su vestimenta (pantalón y camisa a cuadros que cumplen con la más conservadora sintaxis de la moda masculina) asume una nueva identidad. Los jóvenes que la abordan la asedian como hombre. Y aunque le infligen el mismo castigo que sufriera antes, cuando se dan cuenta de la «trampa», la matan por usurpadora, porque ha escrito sobre su cuerpo signos propios de lo masculino. En la voluntad de satisfacer a su clienta y protegerla de la sanción moral, Régula la conduce hacia algo difícil de sobrellevar: el peso de la inversión. Hombre al fin (el único travesti aceptado es el hombre vestido de mujer y no a la inversa), Artemia deja así de ser objeto. La patota que la mata condena su conversión: querer ser el agente de su propio deseo.

* * *

El cuento que cuenta Régula ha terminado. Ella, que era la modista y compañía diaria de Artemia, intuye en «esa luz cruel de la mañana» el horrible crimen del que se enterará, curiosamente, sólo a través de los diarios. Algo ominoso han ido hilvanando sus vestiduras. Desde lo siniestro, el ego desdoblado ha recuperado su unidad (el «yo» no puede unirse con «otro» sin dejar de ser)⁹.

⁹ Jackson, R.: *Fantasy. Literatura y subversión*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986, p. 90.

Desde lo reprimido, la desnudez, el desenfreno, la búsqueda voluptuosa, se han fundido en la pulsión de muerte. El sacrificio de Régula –la represión de su erotismo, la anulación de su cuerpo (dejarlo muerto, sin sentir) por principios morales–, describe un círculo que, al cerrarse, llega al sacrificio de Artemia: ofrendarlo. La obediencia excesiva de la norma se toca con su transgresión. En el medio, el amplio dominio masculino que dicta y administra la ley. Y que aconseja que hay «vestiduras peligrosas» a las que es mejor evitar.



真州大津岸新田川湖壁 亞獨坐

芝を岩山扁額画

三番叟
早人

やまのうらまへ
ふせひのいこま
あもつぬお

おま
野

危の屋
道頼

あうんといさ
しのあお
ひこむち
風の
まき



尚七堂